

una vulgar exposición de tienda, donde, al resplandor eléctrico, gasas y batistas son lurtas y carámbanos, cuya profusión sugiere las falacias espléndidas de un claro de luna polar.

Su estilo, cespado de adjetivos, denunciando siempre la acelerada composición del periódico, redundante en fuerza de marrar el rasgo preciso; no siendo éste el inconveniente menor que aparejan tales visiones panorámicas, cuya grandeza estriba mucho en lo vago de la perspectiva. Describiendo emociones es lo mismo que pintando: flotante por exceso de amplitud, o vulgar por minuciosidad de inventariador. Su ingenua solemnidad se garantiza por la ausencia de ironía, ponzoña ligera que acidula al estilo sin agriarlo, así como suele requerirse una araña en la ración del ruisecillo... Fáltale del todo este jugo cítrico tan enteramente francés.

Romántico, no obstante la escarpela realista, su sentimentalismo no retrocedía ni ante lo artificioso. Ora son los primos enamorados a quienes separan rencillas de parentela, y reúne, a pesar del muro inclemente, el pozo medianil que en su agua les refleja. Ora es el tendero que gimotea de amor por su oficiala, a la cual vejó una cliente rica. Y la analogía va más lejos; es retórica también. Cuando Naná cae en brazos de su amante infantil, ante los campos llenos de luna, aquellos matorrales que parecían islas de sombra en lago de claridad, son del Chateaubriand de Atala...

La culpa, el crimen, suelen salirle de igual modo, un poco decorativos. Bien lejos nos hallamos con él de un psicólogo del mal como Poe, como el viejo Barbey, su enemigo; de un confitero de Citerea, como Swinburne o Mendés. Sus personajes matan y violan con irresponsabilidad de brutos. Nuevo argumento contra su pretendida depravación, puesto que las conclusiones se ajustan a la más metódica pedagogía: provocar el desvío del mal pintándolo horrible y mostrando sus consecuencias...

El sistema es tan pobre, que no influyó sino fugazmente en el mundo intelectual, pues la sola potencia descriptiva no funda escuela, siendo atributo incomunicable. Engendra cuando más una pululación de rápsodas, cuyo mimetismo servil es, por definición, la cualidad del títere. Así, ese creador, ese poeta de la fecundidad, manejó toda su vida una recua de mulos. Su musa fué conyugal; no se acostaba más que con el consorte. Su filosofía nunca pasó de las vulgarizaciones brillantes de Pelletan. Más que estudio científico y social, la obra salió poema. Nuevo rasgo de semejanza con Hugo: gran escritor, pensador mediano. Am-

bos reyes sin sucesión, porque sólo el pensamiento es prolífico.

Sin sus vestiduras imperiales, Zola sería un concienzudo mayordomo y Hugo un diputada radical. Con aquellos ropajes, el primero es un pastor de Amalteas, y el segundo un *leader* de la extrema izquierda de Dios.

Un cazador de fieras pretende que los leones son zurdos. Pero no en vano se nace león, y ya veremos si éste era o no ambidextro de garras.

Hasta aquí sobresalía el literato; ahora va a predominar el apóstol. Su obra, fácil al estudio como una pirámide egipcia, por la unidad de su composición y la regularidad de los bloques en que está vaciada, no sería un estéril alegato. Había puesto en claro el reverso de esta sociedad, donde para avituallarle a su vejez trojes que ésta no ha de tocar, debe el hombre pasarse sacrificando temprano cuanto en él es gracia, entusiasmo y amor, a modo de una abeja solitaria y tardía.

Sociedad destinada fatalmente al vicio, porque sus placeres son monopolio de la impotencia, fuente de perversión; plutocracia cuyo apetito de fortuna, asequible a cualquier pirata, excluye al heroísmo y desprecia al genio, reduciendo los dominadores a una gavilla de rentistas esféricos y mozalbetes de unto, egoístas como todos los satisfechos, insolentes como todos los advenedizos de la estirpe o de la virtud.

A este fenómeno, que es la última consecuencia de una organización basada en la fuerza bruta, y de un culto de muerte y de miedo, los aliados, a sabiendas o no, del daño cuya extirpación se proclama, opusieron en fórmula homeopática el patriotismo y la religión. Fracasó el ensayo. El odre viejo avinagraba con su hez los mostos de la reciente vendimia. Honradamente el escritor abordó este problema. Pero la piscina de Lourdes no resultó fuente de Juvencia, y la Roma papal fué tan sólo una momia faraónica. Su vientre embalsamado con mirra y áloe, sus venas inyectadas de nitro, sus mejillas al vermellón, su rigidez encintada y compuesta no formaban más que un simulacro. Detrás la teología, que fuera su bóveda estrellada, se había invertido con la rotación de los tiempos, hasta volverse una sima, más resonante en razón de su vacuidad. Ruinas paganas y decadencia católica, mismo polvo bajo el viento del espíritu. El culto, volante en vago que nada regula ya con sus excéntricas rotaciones; el dogma, teorema de ceros, que en sí lleva la insolubilidad de la nada; el papado, grandiosa ilusión de autoridad que está enterrándose en pie como un monolito en la arena.

Precisaba una fórmula más moderna y el escritor proclamóla entonces. Ante un mundo sustentado por las dos milicias de la Muerte, la negra y la roja, el apóstol de la Vida concretó su credo de salvación por la fecundidad y de redención por el trabajo. Como en contraste a la familia de enfermos y degenerados que le sirviera para describir en todas sus faces la sociedad presente, creó la familia nueva, la célula social del porvenir, nacida del amor y con el amor formada, triunfante por el amor, fuerte en el amor, a semejanza de un próspero huerto donde abunda para la hormiga y para el amo.

No fué entonces una inclinación malsana al pudridero, una cortesía mercantil hacia la turba lo que le impulsara; y ante sus últimas obras, obliga a la convicción aquella sinceridad con que dijo tantas veces lo doloroso de su perseverancia. Prudente, no pronosticó hasta poseer todos los elementos de su diagnóstico, sin excluir por remotas las posibilidades de reacción en el organismo afectado. Sólo entonces manifestó su creencia, y ya profético planeó la familia nueva, como luego había de alzar frente a la Ciudad antigua, la Ciudad futura.

No bastaba lo existente, que siendo obra de la opresión conservaría indeleble su tizne. Apremiaba el hallazgo de tierras vírgenes, así se luchara en ellas con la doble hostilidad del suelo y de los hombres embrutecidos por la esclavitud. Serenidad, constancia y entusiasmo conforman la triple radical del elixir de vida, a cuya virtud surgirá la Ciudad dichosa.

Así la obra de Zola, cíclica por excelencia, es, dentro los últimos cien años, la más firme y la más valerosa. La más firme, por su concepto científico, siquiera erróneo; la más valerosa porque se desenlaza con una fórmula social, a la vez distante del difuso humanitarismo y de la invención puramente imaginativa. Como Hugo, cuya similitud se me impone por tercera vez, Zola se ha manifestado progresivo hasta el fin en sus ideas. Al revés del hombre común, que debe ser liberal a los veinte años y conservador a los cuarenta, para que no se desconfíe respectivamente de su corazón y de su cabeza, conforme a cierto apotegma británico—esos no pararon en la ascensión, no sintieron la asfixia de las tierras volcánicas adonde les precipitó la lucha, fuera una el cráter de la *Commune*, otra la solfatara del nacionalismo.

Faltábale en verdad a esa campaña, el acto que confirmara su abnegación. El paladín intelectual de los pequeños y de los míseros, ya con su botón de gloria completo, recién regresado de